

juega *Pot of Broth*, sino en poesía? ¿Cómo se da íntegro *The Hour-Glass*, sin sentir, sin perderse en el entusiasmo del poeta? ¿Cómo se llega a la simplicidad de viñeta de misal que exige *The Countess Cathleen*, esta condesa Catalina que en acto de suprema caridad vende su alma a Satán para poder dar de comer a sus vasallos pobres?... El amigo asiente y apresura el paso.

Hemos llegado al teatro privado del faubourg parisien. Entramos en el escenario, y Micky Moran nos presenta a la que será Deirdre en la obra de Yeats, y a los que serán Conchubar, Naisi y el Verdugo negro.

John Fleming—ya en ropas de verdugo—nos recita un fragmento de *The Celtic Twilight*, de Yeats. Mary Whitty, la bella Deirdre, en un medallón que le pende del cuello, lleva un retrato del poeta. Jack Vilcox, el rey Conchubar, tiene en las manos unos sonetos suyos que va a leer antes de la representación en loa fervorosa al autor de la leyenda. Trevor Love, un adolescente de ojos color de niebla y de cabello lunar, sueña con Irlanda y con Yeats, el magno poeta gaélico.

No vamos a asistir a una representación teatral; el teatro se ha convertido en templo. Los irlandeses, en él congregados, esperan con fervor la hora de la elevada comunión, del ser brasas para recibir el áspero incienso de los versos.

Micky Moran, casi con lágrimas, nos grita al oído: —¡Viva Yeats y viva Irlanda! Su voz baja es un grito en el que *God Save Ireland*, se sitúa en la Mansión House de Dublin para ir, como salido de honda, al Parlamento de Westminster. W. B. Yeats, el poeta nacional, queda enfrentado a Inglaterra.

Un Poeta hecho alma de la Patria.

Eros

LUDWIG Klages acaba de darnos una nueva interpretación del eterno Eros.

Es en la *Theogonia* de Hesiodo que encontramos la precisa fijación de Eros: «El más bello de los inmortales; el que disgrega la fuerza y doma, dentro del pecho, la ciencia y la sabiduría de los dioses y de los hombres».

El dios del amor—Eros—es riente crueldad en Anacreonte—(Anacreonte y Meleagro fueron los padres del Cupido latino)—es descrinado furor en la Antígone de Sófocles—«nadie podrá evitarte—dice el poeta—y el que te recibe enloquece»—; es mito recargado—orden y armonía del Cosmos—en los versos que el alejandrino Lycophron hace pasar por entre los dientes de Casandra, perfumados del delfico laurel mascado.

Ludwig Klages, uno de los talentos más profundos de la nueva Alemania, lo interpreta en alemán, en *Von Kosmogonischen Eros*, no como instinto sexual, no como sublimación de un deseo—(Banquete de Platón). Klages más bien va a los órficos que lo proclamaron «andrógino y germen de los dioses». No es deseo Eros; es éxtasis. No es instinto; es estado. El deseo—Proporcio lo dijo antes que Klages—muere con la posesión. Y por eso, Eros no tiende nunca a fusionarse. Eros liberta de toda fealdad personal a las impersonales relaciones entre el alma y el mundo; deja subsistir en rarísimos momentos privilegiados la perfecta bipolaridad entre una y otro.

El alemán, E. Gerhard, en *Über den Gott Eros*, había intentado una exégesis mística del dios cosmogónico. Pero será de Ludwig Klages, alemán también, la gloria de la exposición perfecta del Eros, concepción germánica: «Eros es el retorno que logra el hombre a las fuentes primitivas de su vida: el vivir del alma en relaciones directas con las imágenes, verdadera realidad del mundo; lejos de los conceptos que son realidad ficticia».

La satisfacción del instinto no admite ninguna divinidad. Eros—dios bello entre los dioses—no fué evocado en la *Odisea* homérica como dios sexual. Eros, dios cósmico—habla Klages—es como una corriente magnética en que las almas más lejanas se encuentran reunidas, lejos de sus vallas respectivas. El encuentro de las almas puede iluminarse con una adormecida voluptuosidad, con un descorporizador éxtasis; bien diferente del amodorramiento del apetito sexual satisfecho, del hastío azul del deseo que se logra.

Fijáramos el Eros de Ludwig Klages descorporizado de cuerpo por una quemante luz. Andrógino. Bello con belleza irradiante y con luz en los ojos que medio se abren bajo la sombra pesada de los párpados.

Distinto, distintísimo de las corporizaciones que nos hemos hecho de los Eros antiguos: cuerpos resplandecientes, adolescencias supremas; dioses perfectos partiendo de nuestra imagen; cuerpos perfumados por el incienso, intenso y sexual, de las plegarias órficas; dioses ciegos y altivos unas veces; otras, dioses impúberes con coronas de rosas y ojos intactos que se ensombrecen de admiración incomprensiva delante de los humanos dolores y de las humanas veleidades.

Concepción de un místico y de un romántico—con el romanticismo que subsistirá—el Eros de Ludwig Klager es un estado de gracia y un reposo espiritual que deja sentir el placer del reposar a un dios del amor que se extiende sin buscar objeto codiciado; amor de satisfacción, de plenitud, del hallarse; amor gótico, amor de altura; al aire como una arista de catedral y en coloquios con los astros.

Nosotros lo sentimos, lo amamos. Entra la luz en su composición; no el mármol. Pero hemos de confesar que muchas veces las cegueras divinamente humanas no tienen más interés que los ojos medio abiertos a las verdades empíricas. Hesiodo es nuestro y es nuestro su Eros, aunque comprendamos y admiremos el Eros que interpretó el autor germano.

Ligero Amor de Ovidio—chispa latina—tú, a quien el poeta decía: *Necte comam myrto; maternae jungue columbas*, cuán lejano estás del Eros de Ludwig Klages.

RAMÓN VINYES

Casilla 16, Barranquilla,
Colombia.

